

Rev 503
1

LA VOZ DEL TÓRMES.

REVISTA SEMANAL CIENTÍFICO-LITERARIA.

DIRECTOR

D. FERNANDO ARAUJO GOMEZ.

REDACTORES

D. MATIAS PASTOR Y GARCIA.—D. TEODORO RODRIGUEZ DE LA TORRE.

COLABORADORES

García del Canto (D.ª Josefa).	Arés y Sanz (D. Mariano).	García del Canto (D. Antonio).	Segovia y Corrales (D. Alberto).
Príncipe de Llácer (D.ª Clotilde Aurora).	Castelar (D. Emilio).	García Martín (D. Lucas).	Villar y Macías (D. José).
Tarileja (D.ª Sofia).	Castro y Valdivia (D. Gonzalo de Doncel y Ordaz (D. Domingo).	Gil Robles (D. Enrique).	Villar y Macías (D. Manuel).
		Navarro Izquierdo (D. Luciano).	

PRECIO DE SUSCRICION.

Salamanca, un mes.	3 reales.
Fuera.	4
Tres meses.	10

Extranjero y Ultramar, seis meses. 40 reales.
 Pago adelantado.
 Redaccion y Administracion Patio de Escuelas, 4.
 Toda la correspondencia se dirigirá á la Administracion.
 No se devuelven los escritos.

SUMARIO.

Nuestro programa.—*La mujer*, por D. Fernando Araujo.—*Las pirámides*, por D. T. R. de la Torre.—*El amor, el placer y la gloria*, novela, por D. Fernando Araujo.—*El ángel caído*, poesía, por D. Manuel Villar.—*En un álbum*, poesía por D. Domingo Doncel.—*En la tumba de mi madre*, poesía, por D. Matías Pastor.—*El orgullo*, poesía, por D. Antonio G. del Canto.—*Epigramas*, por D. T. R. de la Torre.—Variedades

NUESTRO PROGRAMA.

Dois palabras tan solo: el presente número es el primer paso en el camino que nos proponemos seguir. Si se nos ayuda, el público verá que no somos ingratos.

LA REDACCION.

LA MUJER.

¿Qué es la mujer? Hé aquí la pregunta eterna de la humanidad; hé aquí el eterno problema de la creacion. ¿Qué es la mujer? Esto se preguntó Adan al ver á nuestra madre comun Eva antes y despues de la caida; esto se preguntó Purus el indio respecto de Parenti; esto el Meschia persa respecto de Meschiané; esto el Touacateuchtli mejicano respecto de Touaca-cihua, esto el Adima aryo respecto de Pracriti; esto el Astur escandinavo respecto de Embla; esto en fin todos los Adanes de las creaciones no biblicas respecto de sus Evas. Y esta pregunta repetida en todos los tonos y en todas las lenguas, rebotando de generacion en generacion ha llega-

do á alcanzar el siglo de las luces, el siglo decimonono sin haber sido jamás resuelta de una manera para todos satisfactoria. Ella ha preocupado la mente de todos los grandes filósofos en medio de sus elucubraciones; ella brotaba entre los problemas matemáticos como una incógnita eterna; ella interrumpía las observaciones astronómicas, bullia entre los planes del mecánico, aparecia juguetona y sonriente en la fantasia del poeta, brillaba entre las concepciones del orador, distraia en sus éxtasis al sacerdote, se deslizaba en las meditaciones del metafísico, estaba presente siempre al moralista, se incrustaba en la conciencia de todos los hombres porque ¿quién no ha amado? y ¿quién que haya amado no se ha hecho mil veces esa pregunta?

Mucho, muchísimo se ha discutido sobre la mujer y desde los obispos del concilio de Macon, que cuestionaban seriamente *si la mujer tenía un alma*, hasta el libro de D. Severo Catalina, hay todos los matices imaginables; así como los hay desde los lapones que tienen á honor el que un extranjero duerma con su mujer hasta el celoso de nuestros dias; como los hay desde la reina de Haiti que se entrega voluntariamente á los portadores de su palanquin y la Lucrecia de la Roma monárquica que no puede sobrevivir á su deshonor; como los hay desde la maternidad feroz de la espartana que maldice al hijo que vuelve salvo de una derrota hasta la pusilánime puerilidad de nuestras madres que gimen por el menor sufrimiento de sus hijos; como los hay desde la esclavitud odiosa de la mujer antigua á la soberania otorgada á la mujer moderna; como los hay por último desde la concepcion hebráica de la virginidad, llorada por la hija de Jésté, desde el *«crecite et multiplicamini»* de Jehová hasta la concepcion ascética

LIBRERIA DE LA UNIV. DE SALAMANCA

del cristianismo, hasta la institucion de la vida monástica.

Todos los juicios emitidos acerca de la mujer pueden condensarse gráficamente en estas dos fórmulas antitéticas: *la mujer es un ángel* y *la mujer es un demonio*; fórmulas que se pretenden armonizar por esta otra: *la mujer es un misterio*, que en su pretension de resolverlo todo no resuelve nada en realidad, pues deja intacto el problema, la incógnita sin despejar. ¡La mujer es un misterio!... indudablemente que lo es; pero ¿qué oculta ese misterio? hé aquí la cuestion; decir que la mujer es un misterio es decir nada; tanto vale callar. Esta fórmula, empleada generalmente por los hipócritas que temen soltar prendas y por los románticos, siempre en busca de lo misterioso al que no arrancan la careta debe desecharse desde luego.

Quedan, pues, las otras dos: *la mujer es un ángel* y *la mujer es un demonio*, palabras que no hacen sino expresar la antítesis de los juicios sobre la mujer formados y que lo mismo pueden expresarse así que de este otro modo: *la mujer es la luz* y *la mujer es la sombra*; ó bien: *la mujer es la vida, la felicidad, el bien* y *la mujer es el mal, la desdicha, la muerte*.

¿Por cuál de las dos soluciones nos decidimos? Por la primera indudablemente: *la mujer es un ángel*. Voy á defender á la mujer porque mis convicciones me guian á ello sin torturar los hechos ni mistificar las ideas; lo haré con el ánimo tranquilo y con la mano puesta en el corazon; el que espere por lo tanto hallar en este artículo pensamientos de Balzac, máximas de los santos Padres, juicios de los clásicos ó siquiera una línea del magnífico libro de Severo Catalina se equivoca grandemente; defendiendo á la mujer con mis solos recursos y digo que es un ángel porque así sinceramente lo creo. Mi defensa sin embargo no vá á ser á *outrance*, pues no niego algunos defectos á la hermosa mitad del género humano, no puedo negar algunos lunares que empañan ese astro de nuestra ventura, no puedo cubrir con velo hipócrita algunas manchas que afean el ángel de nuestros consuelos. Yo no puedo defender á Mesalina, deshonra de su siglo; no puedo romper una lanza en pro de la que en la torre de Nesle se entregaba á un doble crimen; no saldré á la defensa de la canalla impúdica del 93 ni de las Bacanales de la regencia. Pero si escusaré con la historia en la mano las orgías de Atenas y de Roma, vindicaré á la adúltera oriental, encerrada en un serrallo lúbrico, y pediré, en fin, compasion para la desgracia de la mujer (criminal porque el hombre queria que lo fuese) de Persia y de la India, de Egipto y Babilonia, de Roma y Grecia, del renacimiento y la revolucion, de la edad primera y del decimonono siglo.

Hace algunos años leí en un almanaque una décima, que si la memoria no me es infiel, decia así:

Mujer... motivo de muerte,

Mujer... medio del pecado.
Mujer... mal en lo vedado,
Mujer... mentira más fuerte;
Mujer... causa que pervierte,
Mujer... vibora fingida,
Mujer... ponzoña florida,
Mujer... basilisco airado.
Mujer... demonio encarnado,
Mujer... infierno en la vida.

No se puede decir más contra la mujer; y no se crea que esta décima era un puro ejercicio retórico, ni tampoco la concepcion desesperada de una imaginacion calenturienta ó el producto de algun desengaño. Todo ménos eso; esa décima que parece entresacada de los delirios de un enfermo próximo á la locura es el compendio, el resúmen, la síntesis de lo que han pensado sobre la mujer legisladores tan sábios como Moisés, Manú, Licurgo, Salomon y Mahoma, filósofos tan insignes como Sócrates y Séneca, hombres tan graves y desapasionados como San Pablo, San Crisóstomo y casi todos los padres de la Iglesia.

¿Será posible, Dios mio, que nos hayais dado por compañera de nuestra soledad á un ser que no tiene más destino que nuestra corrupcion como dicen las leyes de Manú? ¿Por ventura la mujer no es otra cosa que un instrumento de produccion hasta el punto de que ni aun su hijo le pertenezca segun la legislacion arya? ¿No será una aberracion del humano espíritu el pensar con Mahoma que la mujer no cabe en el Paraiso cuando caben un carnero, una ballena, una hormiga y un papagayo? ¿Es cierto como decia el grave Sócrates, el filósofo mártir, que «más vale estar con un dragon que con una mujer?» ¿Será su amor como dice el mismo sábio, aún más temible que el odio de un hombre?

¡Su amor! el amor de la mujer! Dios mio! su amor... que nos hace vivir, que nos immortaliza porque hay momentos en el amor que encierran el infinito! su amor más temible que el odio del hombre! su amor que vivifica, que encanta, que seduce, su amor que solo encierra ternura, pasion, heroismo, felicidad... más temible que el odio del hombre que persigue, que aterra, que repugna, que solo produce infamias, crímenes, guerras, asesinatos, desgracia!... no! es imposible, esto no es verdad, Sócrates deliraba con un delirio horrible!

No hace mucho tiempo, conversando yo con una mujer, la decia:

—¿Querrás creer que se ha llegado á dudar hasta de si teniais alma? En el siglo vi discutian esta cuestion con mucha seriedad los obispos del Concilio de Macon.

—¡Qué si tenemos alma! Dios mio!... nosotras!— exclamó aquella mujer llena de indignacion,—si el alma se pudiera arrancar verian que la tengo mayor que

ellos! Y esto lo dicen los hombres! Y nosotras les amamos todavía... porque somos todo alma!

El llanto no la dejó seguir; tenía razón: la mujer es todo alma.

Considerad á la mujer como queráis; en cualquier estado, en cualquier tiempo, en cualquier país, y siempre la encontrareis amante, fiel, sumisa, llevando su amor hasta el delirio, su fidelidad hasta el heroísmo, su sumisión hasta el sacrificio de su vida. Leena, amante de Aristógiton, á pesar de ser una cortesana, sometida por Hípias al tormento para que declarase quiénes eran los cómplices del asesinato de Hiparco, temiendo que el dolor la arrancase alguna denuncia, se cortó la lengua con los dientes. Las mujeres indias, esclavizadas por el hombre, consideradas como viles sudras por sus esposos, llevan su sumisión y su heroísmo al punto de hacerse quemar en las piras de sus maridos.

La mujer es todo corazón, todo alma. La mujer, aunque despreciada casi siempre, siempre también ha sido buscada por el hombre porque le era necesaria, porque sin ella no podía vivir. Los mismos legisladores que la envilecen, que la calumnian, dejan en ocasiones escapar esta confesión; es el grito de la humanidad, la protesta de su propia conciencia contra la ley que ellos mismos establecen. Así el Mhanava-Darma-Sastra dice: «casa donde haya mujer afligida no tardará en extinguirse.» ¡Preciosa confesión!

Ved á la mujer virgen. ¡Qué pureza angelical brilla en su mirada! qué dulce encanto en su sonrisa! Al mirarla no se puede menos de exclamar: ¡es un ángel! Su corazón no ha latido aún á impulsos de una pasión, no se han abierto sus labios para murmurar palabras de amor; no ha sentido aún su mejilla el contacto eléctrico de un beso, no ha cruzado por su mente ni aun la chispa fugaz de un mal deseo.. ¡Y ya la calumnias! Ya lleva impreso en su frente el estigma de la reprobación... ¡porque es mujer!

Pero mirad... esa misma mujer ya siente arder en su corazón una llama desconocida; su mirada despide un inusitado fulgor; sus labios se entreabren trémulos ¿qué le ha pasado? Es que ha cruzado por su mente la imagen seductora de la primera ilusión; es que su corazón, antes cerrado, se ha abierto para dar salida al torrente de cariño que en él bulle; es que su mirada ha chocado con otra y de este choque ha brotado la luz que iluminó su alma; es que sus labios han hablado, sin conocerle, un lenguaje misterioso; es... que ama; y ama, como toda mujer, con delirio, con locura, con embriaguez. Se ha transformado; pero la transformación, lejos de quitarla encantos, la hace más encantadora; ha dejado de ser ángel... para convertirse en dios. La mujer vive entonces en un mundo de ilusiones, sueña siempre y su sueño es su vivir. No le arranqueis ese sueño, porque es arrancarle el corazón. Desgraciadamente, tal suele ser la historia de la mujer; se la hace

amar y creer que se la ama para darla un desengaño terrible; se la conduce al cielo para luego arrojarla en el infierno; y como si esto no bastase se la desprecia y se la insulta.

Pero terminemos el cuadro. En un albergue modesto, en un lujoso palacio, en cualquier parte, mirad: sobre una cuna reposa el cuerpo de un niño; está enfermo; una mujer vela su sueño; no aparta su mirada de la rubia cabecita del infante; sus mejillas están descoloridas, su frente arrugada prematuramente; sus ojos brillan con calenturiento fulgor; sus labios murmuran una plegaria entrecortada por suspiros; su corazón late violentamente. Es una madre... la figura más sublime que conozco; hace quince días que vela del mismo modo el sueño de su ídolo, tratando de sorprender su menor deseo para satisfacerle, su menor sufrimiento para aliviarle. Esta madre es también una mujer... ¡y aún hay quien viéndola maldice á las mujeres! insensato! no comprende que su maldición cae también sobre la frente de su madre!

¡Oh! si una mujer, madre ó amante, pudiera abrir su alma mostrando el tesoro de ternura, de fé, de heroísmo que encierra, esos mismos que la maldicen caerían de rodillas ante la mujer, incapaces de comprender la inmensidad de su cariño, la sublimidad de su abnegación!

Hay en todo esto una equivocación lamentable, un grande error. De ciertas y determinadas mujeres se puede decir todo lo malo que se quiera, pero de la mujer no. La mujer no es una Mesalina, una Lucrecia Borgia, una Friné, una Safo, una Margarita de Borgoña; estos seres, deshonra de su sexo y oprobio de su siglo, son por desgracia mujeres; pero no son, ni serán nunca la mujer. ¿Qué importa que se nos puedan citar ciento, mil, cien mil, un millón de Mesalinas, de Margaritas y de Frinés? ¿Se ha de confundir á la mujer con estas mujeres? ¿Se ha de ver solo la mujer en los tronos, en las cortes, en la mujer que figura? ¿Y la mujer del pueblo? acaso porque viva en la oscuridad de su retiro, entregada á la práctica de la virtud, al entusiasmo del amor, á las miserias y al sufrimiento es menos digna de consideración que una cortesana? Si se pueden citar algunas Mesalinas es tan solo porque eran excepciones; el silencio que sobre la generalidad de las mujeres se guarda es la mejor protesta contra la acusación dirigida á la mujer.

Por otra parte: no se comprende, no se quiere comprender que la mujer es la obra del hombre; él, valiéndose de su superioridad la impone su religión, sus leyes, sus costumbres; él la educa en el hogar doméstico, la guía en la vida civil; él se erige en su protector, su padre, su maestro, su sacerdote, su rey. Si esto se comprendiera bien jamás se maldeciría á la mujer, porque al maldecir á la mujer maldice el hombre su obra.

¡Pobre mujer! siempre calumniada y nunca comprendida; impreso está en tu rostro el sello de tu debilidad, pero también en tus ojos celestiales brilla la mirada pura de la virtud. Tu amo, tu juez, tu legislador que debía velar por tí es el que te condena y te calumnia. ¡No! no eras tú la que llevabas el signo impúdico del *lingam* en Oriente ni el del *Falo* en Grecia y Roma, sino que era una religión obscena, inventada por el hombre, la que te lo hacía llevar. No eras tú la que te prostituías en el templo de Milita al extranjero; no eras tú la que en la Lidia comprabas el dote á espensas de tu deshonra; no eras tú la que en el culto de Vénus marchabas á la plaza de Chipre á vender tus favores; era una legislación impuesta por tu tirano, el hombre, la que te obligaba á sacrificar el pudor. No eras tú la que combatías desnuda en los teatros públicos de Esparta ni la que bailabas desnuda en los públicos regocijos de Tesalia; era el hombre el que te hacía salir así á la escena para excitar su voluptuosidad. No eras tú la que habiendo dado tu fé al espartano, ausente en el combate faltabas á ella; era el Senado de Esparta el que te hacía violar el juramento á tu esposo.

El hombre te encerraba en el serrallo ó el ginéceo en Grecia y el Oriente; el hombre, tu padre mismo, te prostituía en el Egipto; el hombre, tu mismo esposo, te entrega al extranjero en la Laponia; y en la India, cual vil instrumento de producción te hace secundar por su hermano con espantosa solemnidad; el hombre que te falta siempre y al que no puedes castigar nunca te vende ó mata en Persia si le desobedeces tres veces, te azota en la Germania, te arranca en la América meridional las narices á mordiscos, te hace quemar en sus funerales en la India, te hace desnudar en honor de una divinidad que él inventa, te prostituye, te esclaviza siempre y después de todo te arroja al semblante la más horrible acusación y te maldice... ¡pobre mujer!

Allí... en el voluptuoso clima del Asia Menor, en la ciudad de Mileto se apoderó en cierta ocasión tal manía de suicidio de las jóvenes que ni amenazas, ni súplicas bastaban á retraerlas de tan tristes pensamientos; el solo remedio eficaz fué decretar que el cadáver de la suicida sería expuesto desnudo del todo á la vista del público. Este hecho en aquel tiempo y en aquel lugar lo dice todo.

¡Pobre mujer! yo te he mostrado tal cual eres, digna siempre, siempre virtuosa y siempre amante fiel de la misma mano que azota tu cuerpo con un látigo de cuero y destroza tu alma con el agudo puñal de la calumnia. ¡Levanta la frente mujer! rechaza con energético ademán esa acusación, ya brille en tus ojos la púdica mirada de la vírgen ó en tus labios la casta sonrisa de la madre. Si alguien es indigno entre el hombre y tú, lo es el hombre que te sacrifica, que te vende, que te considera como un maniquí de sus placeres y luego se mofa de tu debilidad é inocencia. ¡Levanta con altí-

vez la frente!... eres digno presente de Dios! sin tí el mundo sería un desierto y la vida un suplicio. ¡Pobre mujer... bendita seas!

FERNANDO ARAUJO.

LAS PIRÁMIDES.

Hé aquí el punto culminante de los monumentos egipcios: hé aquí la meta á donde se dirigen todas las investigaciones.

¿Qué viajero del Oriente no se ha detenido ante esas gigantescas moles cuyas cúspides desafían á las nubes? ¿Qué historiador no habla de las pirámides como una cosa superior á las fuerzas humanas?

¡Las pirámides! palabra mágica á cuyo solo nombre se eleva la imaginación á las esferas de lo sublime, queriendo comprender la inmensidad, queriendo abarcar de una mirada la inmortalidad, lo infinito.

La inmortalidad: hé aquí la idea generadora de esas inmensas montañas de piedra.

El egipcio cuya imaginación ardiente no podía concretarse á pequeños objetos, el egipcio que creía en la inmortalidad del alma y llevaba la exageración hasta no hacer caso de esta vida, descuida las casas y erige grandes templos, colosales sepulcros, donde moren sus dioses, donde descansan sus antepasados y que pasen de generación en generación, de siglo en siglo á través de las edades.

Por eso cubre sus sepulcros con grandes montones de tierra; por eso lleva más allá la idea de la inmortalidad realizando esas colosales pirámides de más de doscientos treinta metros de anchura y cerca de ciento setenta de elevación, una sola de las cuales bastaría, según los inteligentes, para hacer un muro de dos pies de ancho, seis de alto y mil leguas de longitud.

Esto solo basta para dar idea de la civilización egipcia. Las pirámides manifiestan un gran adelanto; ellas son la realización de lo sublime. Admiramos las pirámides; ensalcemos la civilización egipcia.

¿Habeis visto una tempestad en alta mar? ¿No habeis visto ocultarse el sol bajo el horizonte, cubrirse el cielo de pardas y apiñadas nubes ocultando los rayos de la luna, estallar el trueno con horroroso bramido, cruzar el rayo á través del espacio, montañas inmensas de agua amenazando romper cuanto encuentren á su paso, rugir el huracán arrancando con horrible estrépito la arboladura, luchar el buque con la agonía haciendo el último esfuerzo para hundirse después en el abismo?

¡Ah! pues eso es bello, admirable, sublime. Pero á través de esa sublimidad veo objetos preciosos perdidos en el fondo de las aguas, bastantes por sí solos á salvar la vida, la honra de una familia, á con-

tribuir á la cultura de un pueblo. A través de esa sublimidad veo centenares de hombres luchando á brazo partido con la muerte y les veo sepultarse desesperados en el abismo para no volver á salir. A través de esa sublimidad veo cien familias en la miseria, huérfanos sin hogar, opulentos mendigando un pedazo de pan ó buscando en una bala el fin de su existencia, inocentes siendo el ludibrio de la sociedad que les conduce al presidio, á la horca quizás... y aparto con horror los ojos de esa sublimidad que maldeciría, si al ser obra de Dios, que es la Bondad y la Sabiduría, no pensara que tiene otro fin, impenetrable acaso á la finita inteligencia humana.

Las pirámides tienen algo de la inmensidad del Océano, algo de la majestad del trueno, algo del terror del rayo; son bellas como la tempestad, son sublimes como todo lo grande, como todo lo inmenso.

Pero á través de la sublimidad de las pirámides veo inmensos capitales invertidos sin un fin útil, bastantes por sí solos para dar un gran impulso á la agricultura; veo las innumerables vejaciones hechas al pueblo hebreo, las cruentas guerras llevadas á cabo tan solo para recoger esclavos que gastaran su vida en esta fabricación; veo generaciones enteras agotando sus fuerzas hasta caer desfallecidas y exánimes; veo el orgullo de un rey que siquiera ha conseguido que su nombre se immortalice, el despotismo de los sacerdotes, la humillación del pueblo, la miseria, la desolación, la sangre, las ruinas.

Por eso no veo en las pirámides un adelanto, sino un atraso en la civilización egipcia. «*Reyes y sacerdotes rivalizaban en esto de ejecutar obras más grandes, ó lo que es lo mismo, en hacer más infeliz al vulgo trabajador,*» dice Cantú.

Citadme, si quereis, la sencillez y majestad de sus estatuas, la inmensa canalización del Nilo y el lago Moeris, hecho por un rey protector de la agricultura y amante de su pueblo, pero no me citeis las pirámides que han absorbido la sangre de muchos miles de familias, sin otro objeto que satisfacer la despreciable vanidad de un rey.

T. RODRIGUEZ DE LA TORRE.

EL AMOR, EL PLACER Y LA GLORIA.

NOVELA ORIGINAL

DE

FERNANDO ARAUJO GOMEZ.

CAPÍTULO PRIMERO.

En el Café.

—Desengáñate, Luis, la gloria es solo una palabra vana: *vanitas vanitatum*. Estamos en un siglo positi-

vo, y pensar hoy en la gloria es cometer un anacronismo imperdonable. Yo reconozco las admirables dotes de tu génio; te creo capaz de adquirir la inmortalidad, pero escucha: ¿vale esa inmortalidad los sacrificios que para alcanzarla tienes que hacer? Esta es la cuestión, y la respondo negativamente. ¿Qué te puede importar lo que en el mundo se diga de tí?

—Mucho, Julio, mucho.

—No puedo asentir á tu opinion; la gloria, el paso de nuestra existencia á la posteridad significa nada ó poco menos para mí; poco me importa que mi nombre se grave en letras de oro ó no; que mis obras anden ó dejen de andar en manos de las futuras generaciones; que los sábios se tiren ó no los trastos á la cabeza por si dije ó no dije ó quise decir; que los eruditos manejen mis obras buscando citas para comentarios de sus trabajos, todo esto no vale la pena que cuesta el conseguirlo. Escucha, Luis: yo no sé á punto fijo lo que será de nosotros en la otra vida; pero discutamos todas las hipótesis: si nuestro destino es reducirnos á la nada, ¿para qué quieres la gloria? Si continuamos en otra existencia pueden suceder dos cosas: ó que en el otro mundo no sepas lo que en este pasa, en cuyo caso ni aun puedes esperar la satisfacción de tu amor propio, ó que sepas lo que por acá se dice de tí; y entonces.... ¿qué quieres que te diga? me agradaría poco hallarme en tu lugar, porque los sábios son capaces de hacerte decir lo que ni aun en sueños pensaste; y esto... francamente, es para desesperar á cualquiera.

—No se puede discutir contigo.

—¡Hola! te declaras en derrota?

—De ningun modo. Tú partes de un principio y yo parto de otro: tú no ves sinó el lado positivo de las cosas, y yo no miro sinó su lado ideal; tú gozas donde yo sufro; tú eres indiferente á lo mismo que yo considero como mi felicidad; tú dices «¿qué importa el mañana? gozemos del presente;» yo digo «el presente es un átomo de tiempo, pensemos en el mañana.» Me contestas que la gloria es humo... ¡porque tú no sabes sentir sus emociones! ¡La gloria! si tú supieras las emociones que encierra el triunfo!... pero tu corazón es incapaz de lanzar un latido ante los aplausos de un público entusiasta; tu mente no puede comprender el mundo de impresiones que encierra el pensamiento, el solo pensamiento de figurar mañana, hoy, después de muerto, en cualquier tiempo en el número de las lumbreras de la ciencia al lado de Platon, Newton, Kant, Humbold. Si no comprendes la gloria ¿por qué te burlas de ella? ¿Acaso no envidias el nombre de un Franklin?

—Te juro que no; no daría un minuto de mi existencia por convertirme en ese sér tan grande á tus ojos; inmortal que, de seguro, á haber estado en su mano, cuando se estaba soplando los dedos cerca del polo, hubiera cambiado su gloria y su inmortalidad por la oscura existencia de un ganapan cualquiera.

—¡Calla! no blasfemes!

—¡Jal jal jal! ¿Sabes la gloria que envidio? La del Sultan de Turquía, aunque pase á la historia lleno de borrones y la manche con su nombre. Un Sardanápalo, ¡hé ahí mi ideal! un harém bien surtido, ¡hé ahí mi gloria! Fuera del placer poco me importa lo demás.

—¡El placer! el sensualismo! decididamente estás loco!

—Estaré como quieras; pero aun así y todo gozo.

—¡Gozar! yo tambien gozo cuando alcanzo un triunfo; yo tambien gozo cuando hallo una verdad al fin de mi trabajo. Pero mi gozo es puro; mi gozo...

—Es ideal, santo, sublime, todo lo que quieras, y el mio es infame, infernal, impuro, maldito etc. etc. ¡Perfectamente! ya sé todas estas alharacas de memoria y estoy harto de oír á los moralistas disertar ampliamente sobre la materia despachándose á su gusto; así, pues, no me vayas á echar un sermón, pues ya te veía ir tomando aspecto místico; cada loco con su tema; al fin de la jornada verémos quién ha sacado más provecho; por ahora permíteme que me ria de tus sueños y riéte tú si quieres de los míos.

—¿No dices tú nada, Rogelio?—preguntó Luis á un tercer personaje.

—Apenas os he escuchado.

—¡Otro que tal!—prorrumpió Julio—habremos de imitar á Calderon diciendo con él:

Y en el mundo en conclusion

Todos sueñan... lo que son.

—Hablábamos—dijo Luis—de nuestro porvenir; Julio se burlaba de mis ilusiones diciendo que la gloria es humo y añadiendo que en el placer de los sentidos es donde se halla la felicidad; ¿qué te parece de esto?

—Que los dos os equivocais; tú vives demasiado en el porvenir y Julio demasiado en el presente; yo vivo en el presente sin desatender el porvenir. Tu afán de gloria, Luis, te hará sacrificar la vida, te entregará á la humanidad, pero ¿cómo? robándote á tí mismo; es preciso ser algo egoísta; no vivimos tan solo en el mañana, sino que tambien vivimos hoy; no somos únicamente *hombres*, sino que somos tambien Luis Vilanco, Julio Amusat y Rogelio García; es preciso, pues, no dejarlo todo al porvenir, sino atender al presente; no darlo todo á la humanidad sino quedarnos con nuestra parte; porque desde el momento en que tú adquieras la gloria, desde que pases á la posteridad no te pertenesces. En cuanto á tí, Julio...

—Haz el favor de suprimir lo que me toca; lo sé antes de oírlo. Dinos, más bien, dónde pones tus miras; siempre has sido reservado con nosotros. Mañana quizá nos separemos para siempre y me alegraría saber lo que sobre tu destino piensas.

—Es verdad, Rogelio; haznos esa confianza.

—¡Mi destino! ¿quién lo puede saber? Aspiro á bien poco; alcanzar una posicion cualquiera y despues...

—¿Despues? replicaron Julio y Luis.

(Se continuará.)

POESÍAS.

EL ANGEL CAIDO.

Alma: para volar tienes aliento;

Pecho: para vivir tienes latido;

Dolor: para llorar tienes gemido;

Gozo: para cantar tienes contento.

Caigo, si alzarse quiere el pensamiento;

Lloro, y por el pesar soy consumido;

Gozo, y por el placer me siento herido;

Canto, y el himno espira en un lamento.

¡Contradiccion atroz! ¡Pudo el divino

Cielo crear un mónstruo impenetrable,

Mitad ángel, mitad lodo mezquino!

¡Oh condicion del hombre miserable!

El alma se alza al éter cristalino;

El pecho se hunde en fango abominable.

MANUEL VILLAR Y MACÍAS.

EN EL ALBUM

DE LA

SEÑORA DOÑA JUANA MUR DE PONZANO

POESÍA.

In questo sasso, e, perche dorme, ha vita;

Destala, se nol credit' é parlaratti.

(G. B. STROZZI)

No es mucho que del génio

Brote la inspiracion y el mundo abarque,

Y en mármoles escriba,

Y amor y gloria en sus cinceles marque,

Y ovaciones innúmeras reciba.

Hija tú de un *hispano Praxiteles*,

Esculpida del Tajo en las orillas,

Donde Toledo en ínclitos laureles

Muestra del arte inmensas maravillas;

El *Fidias de Aragon*, tu digno esposo,

Contempló tu belleza peregrina,

Y, enamorado Pigmalion, obtuvo

La estatua de Ciprina.

En la ciudad de Rómulo preclara

Prócer alumno, conquistó la gloria,

Do venerable antigüedad legara

Templo á las artes, númen á la historia.

¡Dichosa vos, oh bella toledana,
Compartiendo con él triunfos y honores,
Y recibiendo en la nacion hispana
Coronas y loores!

¡Dichosa vos!... De su cincel divino
El alma sois, de donde el génio brota,
Y acaso en vuestro lábio purpurino
Bebe la bella inspiracion ignota.

Preguntad *al de Urbino*
Quién fué de sus *maddonas* el modelo,
Y exclamará con férvido entusiasmo:
«*La Fornarina*, la verdad y el cielo.»

¿Qué mucho que del génio
Brote la inspiracion, y el mundo abarque
Y en mármoles escriba,
Y amor y gloria en sus cinceles marque,
Y ovaciones innúmeras reciba?

Sin Laura y sin Leonor, ¿fueran acaso
Queridos de la gloria
Y ensalzados al par Petrarca y Tasso?
Amantes sin ventura,
Dejan al mundo perenal memoria
Impregnada de amor y de ternura.

Hélos allí; por inclita membranza
Osaron ascender al almo sólio,
Y, en alas de la dúlcida esperanza,
Ciñeron el laurel del Capitolio.

El génio es el amor; fuente divina
Donde las artes nacen,
Potente voz de maga peregrina,
Que hace brotar de un lienzo y de una peña
Ciudades y jardines,
Angeles y guerreros,
Y vírgenes y dioses,
Y cielo y querubines;
La inmensa creacion, bajo el dominio
Del pintor y el poeta,
Nacer, brillar y conmover el mundo
Con el cincel, la pluma y la paleta.

No es mucho que del génio
Brote la inspiracion, y el mundo abarque,
Y en mármoles escriba,
Y amor y gloria en sus cinceles marque,
Y ovaciones innúmeras reciba.

DOMINGO DONCEL Y ORDAZ,

1849.

EN LA TUMBA DE MI MADRE.

Esta es la tumba querida
que da á mis ojos el llanto,
este es ¡ay! el lugar santo
donde se cierne mi vida.

Dejad que llore un momento,
que aunque al mundo no le cuadre
es virtud llorar la madre
que mora en este aposento.

Alza tus ojos y fijos
mira al hijo que te llama,
y oye la voz que á tí clama
en sus afanes prolijos.

Anima tu faz hermosa,
détete aliento mi querer
y verás en mi placer
probar la suerte gustosa.

Torna una vez al vivir
y unidos en fuertes lazos
despues de tiernos abrazos
volveremos á morir.

¿Qué me importa á mí la tierra
sin tu cuidado y caricias,
si en su amor y en sus delicias
pesares para mí encierra?

¿Qué ese cielo que fulgura
lleno de hermosas estrellas,
si cuando me miro en ellas
se nublan con mi tristura?

¿Qué del sol la roja lumbre
sin el riel de tus ojos?
¡Ay madre! ¡Todo da enojos
en mi triste pesadumbrel!

Vine á profanar tu losa
con acentos de mi lira,
y es que doliente suspira
por su dicha más preciosa.

Tintas por olas de llanto
te dejo, madre, mis flores,
por la pena sin colores,
marchitas por mi quebranto.

Mírame tú desde el cielo,
y guia mi pensamiento
hasta que llegue el momento
que se realice mi anhelo.

Y en la tregua de la vida
en mar de penas flotando
viviré siempre llorando
el bien y dicha perdida.

MATIAS PASTOR.

ORGULLO.

SONETO.

En palacios magníficos habito;
En doradas carrozas tengo asiento;
Mi voluntad es libre como el viento;
No hay para mí justicia, no hay delito.

Ni Dios, ni rey, ni ciencia necesito;
 El oro es mi poder, es mi elemento.
 Si infinito un Dios tiene el firmamento,
 Mi poder con el oro es infinito.
 «Combate mi poder con tu riqueza,»
 Gritó el dolor, y le clavó violento;
 «Combate mi poder con tu grandeza,»
 Gritó la muerte con terrible acento.
 Satán lanzó burlesca carcajada...
 ¡Sólo Dios es Poder!... El hombre nada.

ANTONIO G. DEL CANTO.

EPIGRAMAS.

Al teatro iba Pascual
 á abonarse con Anton,
 pero dando un tropezon
 se cayó en un lodazal.

Entonces con desenfado
 volviendo atrás exclamó:
 —Abónate tú, que yo
 estoy ya bien abonado.

Dicen que la *luisa* cura
 del estómago el dolor.
 No lo extraño, pues con *Luisa*
 también me curara yo.

—¿Qué indica ese negro traje
 que siempre gastas, Teodoro?
 ¿Acaso es que estás de luto?

—No.

—¿Que estás triste?

—Tampoco.

—¿Será porque el traje negro
 es el traje del *buen tono*?

—Menos.

—¿Pues qué indica entonces?

—Indica... que no tengo otro.

T. RODRIGUEZ DE LA TORRE.

VARIEDADES.

PENSAMIENTOS.

Lo que el amor principia solo puede ser acabado
 por Dios.

Victor Hugo.

El amor no puede ser sino una tristeza perpétua.

Petrarca.

La melancolía es la escuela de la humildad.

Zimmerman.

La sangre se hereda y la virtud se aquista, y la
 virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

Cervantes.

Se necesita la paz del corazón para ser bueno y ha-
 cer bien.

Lavater.

La mujer es un hermoso defecto de la naturaleza.

Milton.

El hombre es un mundo; en el cielo de su vida su
 alma es el sol; los satélites, los amores; su muerte, el
 vacío; la órbita, donde gira la eternidad.

Rosario de Acuña.

Quien no siembra no recoge, y el que plantó jara-
 magos no espere que le nazcan olorosas azucenas.

Sofía Tartilan.

Agradecemos á D. Manuel Fisac, Gobernador inte-
 rino de esta provincia, su celo en promover los intere-
 ses de sus administrados, y la actividad, rara por des-
 gracia en estos asuntos, que ha desplegado en la con-
 cesion de la autorizacion para publicar LA VOZ DEL
 TÓRMES.

CHARADA.

La *primera* es una letra,
 la *segunda* es una nota,
tercia nombre y apellido
 y el *todo* cómo en la sopa.

La solución en el número siguiente.

SEMEJANZAS.

- 1.^a ¿En qué se parece un estudiante á un caballo?
- 2.^a ¿En qué las mujeres á los montes?
- 3.^a ¿En qué una ventana á un arado?
- 4.^a ¿En qué un huevo á un difunto?
- 5.^a ¿En qué un gallo á una montaña?
- 6.^a ¿En qué la escala musical al cielo?
- 7.^a ¿En qué una pluma á un macho cabrío?
- 8.^a ¿En qué un cortaplumas á un libro?

SALAMANCA:

Imprenta de Cerezo, Isla de la Rua, núm. 4.

1876.